

CAPÍTULO 36

Algunos aportes feministas al concepto de experiencia

*Juliana Esquivel*⁴⁵⁹

*“La libertad
es una construcción colectiva
de no serlo
es una farsa
(...)”*

Kimey Figueroa, FUGITIVA

La reflexión sobre las experiencias personales ha sido un nudo fundamental de las prácticas políticas feministas y también de sus producciones teóricas. Esta afirmación, vaga y general, no pretende universalizar un modo de hacer feminismo. Más bien busca señalar dos puntos: uno correspondiente a la importancia de la experiencia en las militancias feministas y el otro relacionado con la relevancia de los aportes feministas a la categoría de experiencia.

Con respecto al primer punto podemos señalar el gesto reflexivo y ampliamente extendido de compartir experiencias personales como una práctica de las militancias feministas para, colectivamente, encontrar aquello que es común a un grupo y, de este modo, mostrar los modos en que el *sistema sexo-género patriarcal* configura nuestras historias (Rubin, 1986). Esta es una manera de entender la consigna “lo personal es político”: aquello que consideramos el resultado de decisiones individuales o deseos propios muestra, a partir del encuentro con otras⁴⁶⁰, su dimensión colectiva (por ser propio de un grupo) y su dimensión política en la medida que la constitución de estos grupos está atravesada por relaciones de poder (Millet, 1995).

Recomendamos a quienes deseen profundizar en el lugar de la experiencia en las prácticas políticas feministas mirar el documental *Ella es hermosa cuando está enojada* de Mary Doe (Doe,

⁴⁵⁹ Agradezco a la cátedra Teoría Social Contemporánea A de la FaHCE-UNLP por el trabajo compartido y la oportunidad de participar de este proyecto. Agradezco también a todas las docentes que llevaron el feminismo a las aulas, especialmente a mis compañeras de la cátedra Introducción a la Teoría Feminista, estudios de género y sexualidades Yamila Balbuena y Giselle Brown quienes me han acercado muchos de los materiales que aquí trabajo y a Rosario Gomez Molla y Victoria Beltrán por haber leído los borradores de este trabajo.

⁴⁶⁰ Se utilizará la “e” a lo largo del capítulo cuando quiera hacerse referencia a identidades de género que excedan el binomio varón cis-mujer cis.

2014) o revisar las reseñas que se publican de cada uno de los Encuentros Plurinacional de mujeres, lesbianas, travestis, trans, bisexuales y no binarios realizados en Argentina (una reconstrucción histórica de las formas de funcionamiento y los debates del Encuentro puede encontrarse en el libro *Mujeres que se encuentran: una recuperación histórica de los Encuentros Nacionales de Mujeres en Argentina, 1986-2005* de Amanda Alma y Paula Lorenzo). Con respecto al documental de Mary Doe, éste muestra grabaciones y entrevistas realizadas durante los primeros años de la segunda ola del feminismo en Estados Unidos articulados con entrevistas actuales a algunas de las militantes de los setenta. La película no sólo es interesante como documento histórico que repone algunas de las experiencias militantes de Estados Unidos, también nos muestra que muchas de las activistas feministas de la época son también autoras de libros, artículos y fanzines, ahora considerados clásicos. En la película podemos ver a Betty Friedan, Kate Millett, Shulamith Firestone, Eleonor Norton (entre muchas otras) en su doble condición de militantes y escritoras. Repongo este hecho porque, la relación entre producción teórica y militancia feminista es un eje importante para las autoras que recorreremos en este capítulo. Por supuesto que esto no significa que la producción teórica siempre se mida con la vara de la utilidad para las estrategias políticas de los movimientos. Por el momento sólo nos interesa resaltar que las autoras que retomamos en este capítulo piensan sus producciones en relación con las militancias de la época, exponiendo las consecuencias en el plano de la lucha política de sus aportes teóricos y los modos en que las experiencias militantes demandan, promueven y vitalizan ciertos desarrollos conceptuales. Como muestra la película, esto no es una particularidad de estas autoras sino que pareciera ser un patrón extendido dentro de los feminismos.

Con respecto al segundo punto y teniendo en cuenta la aclaración anterior, en este capítulo nos interesa mostrar la importancia que la categoría de experiencia ha tenido en los desarrollos teóricos de los feminismos. Como señala Ana María Bach en su libro *Las voces de la experiencia. El viraje de la filosofía feminista* (Bach, 2010) el campo de los estudios feministas articula distintas maneras de abordar esta pregunta. Hay quienes se enfocan en la relación entre experiencia y subjetividad (Teresa de Lauretis, Linda Martín Alcoff), experiencia y conocimiento (Patricia Hill Collins, Donna Haraway), experiencia y lenguaje (Joan Scott, Gloria Anzaldúa), experiencia y prácticas políticas (Angela Davis, bell hooks, Chandra Talpade Mohanty), entre muchas otras. Para cualquier lectura sobre estos temas este libro de Ana María Bach es un muy buen material por su carácter comparativo y la inclusión de cuadros y resúmenes.

Ahora bien, la clave de lectura propuesta en este capítulo tiene que ver con la pregunta por el lugar del significado en la construcción de la experiencia, atendiendo a los desarrollos de algunas teóricas feministas que escribieron desde Estados Unidos y Europa a partir de los años ochenta. En este sentido, se analizarán dos propuestas: por un lado, quienes consideran a la experiencia un *evento significativo* (a partir de los aportes de Joan Scott y Teresa de Lauretis) y, por otro, quienes afirman el *exceso* de la experiencia con respecto al significado y la importancia de atender otros niveles no reductibles a ese plano (desde los desarrollos de Linda Alcoff). Además de repasar los principales aportes y limitaciones de dichos enfoques, se expondrá una posible forma de *desarmar* la categoría en un trabajo de campo.

El desarrollo del capítulo estará organizado de la siguiente forma: primero revisaremos los aportes de Joan Scott a la categoría de experiencia, haciendo énfasis en la crítica que le hace a dos definiciones clásicas del término: las de Raymond Williams y Edward Thompson. Estas críticas le permiten a Scott ubicar la pregunta por la experiencia en un lenguaje postestructuralista y recuperar a la segunda autora trabajada: Teresa de Lauretis. En tercer lugar, analizaremos los desarrollos de Linda Alcoff como una posible crítica al planteo del problema de la experiencia únicamente en un terreno lingüístico. Finalmente, a partir de la reposición de un trabajo de campo buscaremos compartir una forma posible de hacer uso de la categoría en una investigación situada.

Joan Scott: la experiencia como evento lingüístico

(...)¿En qué lugar de tu cuerpo
duerme
el
Tiempo? (...)

Kimey Figueroa, FUGITIVA

Scott es una historiadora nacida en Estados Unidos que, según Damián López, representa hoy los cambios historiográficos desde el enfoque de la historia social hacia una visión postestructuralista de la historia (López, 2012). Nacida en 1941 en Nueva York, Scott se graduó en Historia y se doctoró en 1969, con un trabajo sobre el impacto de los cambios tecnológicos en la organización social y política de los trabajadores vidrieros en el sur de Francia hacia finales del siglo XIX. Durante toda la década del 70 enseñó en distintas universidades de Estados Unidos hasta ser nombrada profesora en la Universidad de Brown en 1980, donde fundó el Pembroke Center for Teaching and Research on Women. Permaneció en Brown hasta 1985, cuando fue convocada por el Institute of Advanced Study en Princeton, lugar en el que trabajó desde entonces hasta la actualidad (Veleda, 2019).

Como señala la propia Scott, ella realizó una crítica a su propia producción anterior a su estadía en Brown en la medida que, si bien refería a sujetos negados por el discurso histórico hegemónico, no problematizaba las identificaciones que tenían esos sujetos y, de esta forma, trataba a esas identidades como fijas e inmutables. Como señala Veleda, la corriente en la que se inscribía la autora antes de 1980 (la historia social) pretendía construir una “historia desde abajo”, para recuperar las experiencias de los sujetos oprimidos, tradicionalmente excluidos del discurso histórico (Veleda, 2019, p. 8). En este sentido, la historia social pluralizaba los intereses de la investigación histórica aunque, como argumentó Scott, esto no bastaba para explicar las operaciones que construían a esos sujetos como subalternos (proceso en el cual el propio discurso histórico/ científico estaba involucrado). Es así que, a partir de su estadía en Brown y

estimulada por el pensamiento postestructuralista y los feminismos comienza a construir otra manera de pensar los problemas históricos. Así lo recuerda la autora:

“(…) Tuvo un gran impacto en mi pensamiento el grupo de lectura de teoría feminista que encontré cuando llegué a la Universidad de Brown en el otoño de 1980. Allí estaban académicas de literatura, biología, y estudios franceses, y fueron ellas quienes me introdujeron en Foucault, y más ampliamente, en lo que hemos llamado “postestructuralismo” —nosotras no solo fuimos colegas, sino que también nos hicimos amigas-. Ese grupo tuvo probablemente el más profundo efecto en mi pensamiento que ninguna otra cosa antes o después (…)” (Scott, citada en Rivera, 2016, p.1)

Esta manera de pensar los problemas históricos que la autora construye a través del postestructuralismo y los feminismos la desarrolló (y continúa haciéndolo) en numerosos libros y artículos. Dado que en este capítulo nos proponemos centrarnos en los aportes a la categoría de experiencia, recuperaré los argumentos expuestos en un artículo de 1991 titulado “Experiencia”. Allí la autora parte de un análisis de las consecuencias del ejercicio de documentar vivencias de sujetos que históricamente han sido excluidos del relato histórico, en un gesto similar al de la historia social. En esta clave lee las descripciones autobiográficas que el escritor Samuel Delany hace de su primera aventura en los baños de St. Marks en los sesenta (un espacio para el encuentro sexual entre varones). Delany escribe:

En una habitación del tamaño de un gimnasio (...) habría tres veces más personas que camas (tal vez ciento veinticinco personas) en la habitación. (...) eran una masa ondulante de cuerpos desnudos, repartidos de pared a pared. Mi primera respuesta fue un susto bastante cercano al miedo. Yo ya había escrito sobre un espacio saturado de cierta energía libidinal (...). No era sólo sentir la saturación energética sino que esa energía era visible. Podías ver qué era lo que estaba pasando a través de la habitación. La única vez que estuve cerca de sentir ese miedo antes fue una noche, donde (...) de repente apareció un grupo de policías (...) en una redada. Lo que me impactó no fue la redada en sí misma sino el número de hombres que de repente empezaron a aparecer, muchos de ellos corriendo, aquí y allá entre las camionetas. Esa noche (...) los policías habían arrestado tal vez a ocho o nueve hombres. El número, sin embargo, que huyó a través de la calle para ser absorbidos por la ciudad fue de noventa, ciento cincuenta, tal vez doscientos. (...) Siendo varones, mujeres, trabajadores o clase media, la primera sensación directa de poder político viene de la impresión de los cuerpos en masa. Que yo sintiera esa emoción similar al miedo significaba que otros también lo sentían. El mito dice que somos una isla, una isla pervertida que es manifestación del deseo de un sujeto (...). pero lo que esta experiencia decía es que había un colectivo (no de individuos homosexuales que se encontraban de vez en cuando) no de cientos, no de doscientos sino de millones de varones gays cuya historia había creado,

antes y ahora, un montón de instituciones, buenas y malas, para alojar nuestro sexo. (Delany, 2014, p.333, traducción propia)

El fragmento citado tiene el peso de la verdad del relato en primera persona. Desde ese lugar nos comparte sus impresiones durante sus primeros encuentros con la masividad de los cuerpos homosexuales. Delany siente una especie de miedo, un sentimiento de arrojo y vértigo ante este encuentro. Y esa visión del colectivo es la que se le traduce en una sensación de poder político. En este sentido, el punto central del argumento, y la razón por la cual irradia verdad no es sólo el uso del “yo” en el relato, sino también el uso de metáforas asociadas a lo visual: *Delany ve al colectivo cuando ve a esos varones*, ya sea en los baños o en la calle. Y esa visión está atravesada por una sensación nueva: una especie de miedo, vértigo, etc.

Scott reconoce en las descripciones autobiográficas de Delany un gesto de visualización de aquellas vivencias negadas por *La historia* que hace crecer nuestro conocimiento, nos habilita nuevas lecturas de viejos acontecimientos e incluso potencia nuestras genealogías personales y políticas. Sin embargo, tienen un límite fundamental. La descripción de la experiencia bajo la metáfora de *lo visible*, aquello que gracias al registro *se vuelve visible* sin mediaciones, deja intactas las estructuras que construyen la experiencia tal cual la estamos documentando. Pareciera ser que aquello que Delany ve (los cuerpos del baño de St Marks o los cuerpos que escapan de los policías) inmediatamente se *le* traduce en una sensación sobre pertenecer a un colectivo, a un movimiento. Pero esta sensación, entrelazada en el relato de los baños, no cuestiona los binomios heterosexual/homosexual, público/privado, sexo gay/sexo heterosexual, binomios que construyen la propia experiencia de Delany; de hecho Scott sugiere que el registro de esta experiencia en términos de lo visible naturaliza esas dicotomías que subyacen al relato. Es importante entender que la autora no está desprestigiando el relato de Delany sino señalando que detener el estudio de la experiencia en ese punto es detenerse justo donde hay que empezar a explicar.

Es decir, las descripciones del autor no cuestionan los términos que construyen la experiencia, más bien la naturalizan y la ubican en un lugar de *verdad*. En este sentido afirma Scott, más allá del relato de Delany, cualquier reificación de la experiencia bajo la metáfora de lo visible ocurre en dos sentidos: por un lado olvida los procesos históricos que hacen posibles esas experiencias y, por otro lado, profundiza un proceso de demarcación del sujeto investigador cuyos marcos de significación son borrados en la medida que se piensan como anteriores y externos al proceso de conocimiento-documentación de esa experiencia⁴⁶¹.

En este momento argumentativo, podemos señalar dos puntos centrales sobre la manera en que Scott entiende a la experiencia:

⁴⁶¹ La reflexión sobre la importancia de situar al sujeto de conocimiento no será trabajada en este capítulo. Sin embargo este punto ha atravesado a la epistemología feminista. Un recorrido posible se encuentra en Bach (2010) y, con respecto al pensamiento desde los márgenes puede revisarse a Arango (2005).

- En primer lugar, la experiencia no tiene que ser documentada sino investigada como un material polémico que tenemos que hacer estallar para, desde allí, conocer las estructuras sociales que la hacen posible.
- En segundo lugar, señala que la primacía de la experiencia como aquello que nos permite conocer las estructuras sociales que la hacen posible, implica la necesidad de empezar nuestro análisis por la experiencia y no por algún sujeto social al que (se supone) le ocurren determinadas experiencias.

Este último punto, es una de sus principales críticas a los trabajos de Raymond Williams y Edward P. Thompson y, también, a sus propias producciones anteriores a 1988 (año de publicación de su libro *Gender and the Politics of History*). Dado que tanto Williams como Thompson son autores considerados clásicos en el estudio de la experiencia, podemos detenernos en sus principales propuestas analíticas y, desde allí, comprender qué aportan al estudio de la experiencia y cuál es la crítica que les realiza Scott.

Raymond Williams

Para pensar los aportes de Raymond Williams al concepto de experiencia podemos partir de la definición que el autor da en la segunda edición de su libro *Palabras claves* [1983], una especie de diccionario para las ciencias sociales y humanísticas. Allí señala que es necesario tener presente dos posibles acepciones del término experiencia. La primera definición entiende a la experiencia como el “conocimiento reunido a partir de acontecimientos pasados” mientras que la segunda la define como “un tipo particular de conciencia que, en algunos contextos, puede distinguirse de la razón y el conocimiento” (Williams, 2008, p.138). La experiencia en esta segunda acepción sería el tipo más pleno, abierto y activo de conciencia que incluye pensamiento y sentimiento. Asimismo, la experiencia implicaría a todo el ser, apelando a una totalidad que incluiría dimensiones racionales, emotivas, corporales, etc. De este modo, mientras que en la primera definición la experiencia se propone como el fundamento necesario de todo razonamiento, análisis y construcción de conocimiento posterior (experiencia pasada), en la segunda definición es una totalidad, resultado de condiciones sociales que la exceden y que ella no explica por sí misma (experiencia presente). En este sentido, de un lado es una verdad que subyace al razonamiento y del otro lado es siempre el resultado de las condiciones, lo cual implica que al momento de su análisis siempre parezca estar “en otra parte” ya que la manera de comprenderla sería a través de las condiciones que la generan, condiciones que son entendidas lógicamente como anteriores e independientes de ella. El autor concluye su entrada con un llamado al diálogo entre estas dos acepciones pero sin dejar en claro cuáles son las pistas para que ese diálogo se produzca (Williams, 2008).

Para comenzar a desarmar los posibles vínculos entre la experiencia pasada y presente en el pensamiento del autor, podemos rastrear pistas a lo largo de toda su obra. Especialmente

porque las acepciones del libro *Palabras Claves* refieren a maneras de entender la experiencia que el autor desarrolla a lo largo de su obra. Como bien acepta Williams en *Politics and letters* (compilación de largas entrevistas realizadas para la revista “New Left Review” al autor durante 1977 y 1978) en sus primeros libros *Cultura y Sociedad* [1958] y *La larga Revolución* [1961] podía existir cierta concepción empirista de la experiencia que implicaba un contacto directo entre los sujetos y su realidad; es decir la experiencia era analizada como experiencia pasada, el terreno de la verdad que subyace a todo análisis posterior. En cambio, en libros como *El campo y la ciudad* [1971] y *Marxismo y Literatura* [1977], el eje de análisis son los cambios estructurales en la percepción del mundo a partir de experiencias que no podían explicarse, no encajaban, no podían ser significadas por las estructuras mentales disponibles; en este sentido, aparece en estas obras el análisis de la experiencia presente en toda su complejidad.

En particular, en *Marxismo y literatura* Williams afirma que el estudio de los momentos históricos donde las estructuras cognoscitivas no alcanzan para significar lo que está ocurriendo nos muestran una característica fundamental de la experiencia. El autor sostiene que la principal barrera para analizar procesos históricos es convertir a la experiencia en un conjunto de fenómenos acabados, quitándole al presente y al pasado el flujo y la complejidad que los caracteriza. Para conservar el carácter dinámico en el estudio de la cultura Williams elabora el concepto de estructura del sentir (Williams, 1988, p.150). Este, funciona a modo de hipótesis para analizar la vivencia de la inadecuación, el rechazo sin formas semánticas consecuente con la ausencia de estructuras significativas disponibles en un momento determinado para significar lo que sucede. Esta referencia a la heterogeneidad y a la imposibilidad de encontrar marcos de sentido que comprendan de modo acabado ciertas experiencias será valorada por las lecturas feministas que analizaremos luego.

En consecuencia, encontraremos en Williams una preocupación por la forma en que interrogamos a la experiencia para no convertirla en una totalidad siempre coherente. A través de la noción de estructura del sentir el autor aborda esta complejidad; en particular atendiendo a los marcos cognoscitivos con los que construimos nuestras experiencias. Sin embargo el autor no despliega la pregunta por la forma en que se configuran los sujetos históricos, nudo central para las autoras feministas que recuperamos en este trabajo.

Edward P. Thompson

En su libro *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (Thompson, 1989), el autor define tres puntos que son centrales en su concepción de la experiencia: a) refiere a la formación de una clase como un proceso activo donde el sujeto estuvo presente en su propia constitución; b) donde la clase no es ni una estructura ni una categoría sino algo que tiene lugar de hecho en las relaciones humanas; c) por último, como le interesa mirar relaciones entre sujetos no tiene sentido detener el proceso y estudiar *un momento*. Las relaciones siempre

están encarnadas en gente real y en un contexto real y por eso es necesaria una perspectiva sincrónica para sostener su análisis.

Eso que *sucede de hecho en las relaciones humanas* es la experiencia de clase. Según Sewell y Ferradis Garrayo (1994) el formato de los argumentos sobre la experiencia que da el autor en este libro están organizados alrededor de las lógicas de sus oponentes (fundamentalmente aquellos que sostienen una determinación económica entre la estructura y superestructura). En este sentido, Thompson no niega que las relaciones económicas den lugar a las experiencias de clase, pero afirma que entre las relaciones de producción y la conciencia de clase no se encuentra la verdad aprendida en la lucha de clases (o en la iluminación a través del Partido) sino que el motor explicativo de ese pasaje es la experiencia.

De esta forma, define la experiencia de clase como “un fenómeno histórico que unifica sucesos dispares y aparentemente desconectados” y que existe cuando “algunos hombres, como resultado de sus experiencias comunes (ya sean heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses comunes a ellos y frente a otros cuyos intereses son distintos y opuestos” (Thompson, 1989, p.27). Es decir, para Thompson la experiencia es un factor unificador que puede activarse si las personas involucradas en el proceso sienten y articulan una identidad común, es decir, si construyen su propia experiencia. Y aquí es importante destacar que la experiencia no sólo se produce mediante elementos cognoscitivos sino también valorativos y emocionales.

Un punto importante a destacar en la definición de Thompson, es su crítica a cualquier perspectiva finalista o fatalista en el análisis de las clases. Vinculado a su intención de recuperar la agencia de los sujetos y la relevancia del carácter “sentido y articulado” de la experiencia, crítica al fatalismo en la medida que ninguna condición estructural se traduce necesariamente en una conciencia de clase. Asimismo, sostiene que no deben pensarse las experiencias desde una perspectiva homogénea y posterior (por ejemplo recortar sólo aquellos elementos cognoscitivos, valorativos o emotivos asociados a las ideas que triunfaron, o el aspecto coherente de la experiencia). Todas las aspiraciones, ideas, sentimientos, marcos de sentido de los sujetos implicados en la construcción de una experiencia son válidas en sus propios términos. En este sentido, el momento en que se analiza la experiencia no es el *fin de la historia*; lo no coherente, aquello que no continuó su desarrollo debe ser tan tenido en cuenta como las aspiraciones, los sentimientos y las ideas que le dan coherencia a las vivencias.

Sin embargo, Thompson nos dice poco sobre el *cómo* de la formación de una clase. Afirma que la experiencia media entre el ser social y la conciencia como un espacio a través del cual se logra algo: la identidad. Pero los modos en que ese proceso ocurre y el peso que tiene la dimensión económica en esa construcción no están claras.

En este sentido sucede nuevamente que, si interrogamos al autor por las formas en que se construye un sujeto a través de la experiencia, las respuestas son escasas. No obstante, podemos reconocer la importancia que el autor le da a dimensiones que exceden lo cognoscitivo (eje central en Williams), dando lugar a lo valorativo, lo emotivo, etc. y a la capacidad de agencia de los sujetos en ese proceso.

Diálogos

Una vez presentados los principales argumentos de los autores, podemos articular las críticas que les realiza Scott. Según la autora en Williams (particularmente en el libro *Palabras claves*), los individuos anteceden a la experiencia, ya sea porque actúan sobre el material de la experiencia para construir conocimiento o porque les ocurre una experiencia presente que los interpela en su totalidad. En este sentido, el autor no se pregunta por la formación del sujeto. Lo mismo sucede con Thompson, en su libro *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, el motor explicativo se mueve de la estructura económica a la agencia en la medida que el punto central está en el carácter sentido de la experiencia, subjetivamente significativa para los actores. Sin embargo, deja problemas sin resolver. En primer lugar, la experiencia de clase pareciera ser ahora el fundamento de una identidad y de una práctica política. Es cierto que Thompson busca eliminar el determinismo económico, sin embargo el nuevo lugar otorgado a la dimensión económica no es claro en la medida que la experiencia continúa siendo una experiencia de clase y no de otro tipo y esa direccionalidad no es explicada por el autor. Como sostiene Scott:

En la descripción de Thompson, la clase es finalmente una identidad con raíces en relaciones estructurales que preexisten a la política. Lo que esto oscurece es el contradictorio y cuestionado proceso por el cual la clase misma fue conceptualizada y por el cual los diferentes tipos de posiciones de sujeto fueron asignadas, sentidas, cuestionadas o aceptadas (...). La experiencia de la clase trabajadora es ahora el fundamento ontológico de la identidad, la política y la historia de la clase trabajadora. (Scott, 2001, p.58)

Esta versión, basada en la lógica de la experiencia como fundamento recuerda a ciertas versiones de la consigna “lo personal es político” en la medida en que la experiencia vivida (por las mujeres) – lo personal- una vez que es adecuadamente conocida (para continuar con la metáfora visual podríamos decir “vuelta visible o transparente”), conduce necesariamente a las resistencias a la opresión – lo político- (Scott, 2001). De este modo es eliminada la pregunta por las maneras en que se producen las subjetividades, en este caso, de las mujeres, y los modos en que esas subjetividades producen (potencialmente) resistencias.

Para hacerle lugar a este cuestionamiento, Scott señala que hablar de la experiencia es hablar de las operaciones discursivas por las cuales las identidades se adscriben, resisten o aceptan. No en términos de un verbalismo o una cuestión de meras palabras sino con la intención de insistir en la cualidad productiva del discurso. En este sentido, los sujetos son constituidos discursivamente en la medida que son el resultado de la experiencia como evento lingüístico, de articulación de significados. Esto no implica que la experiencia está confinada a un orden fijo de significado porque el discurso es un terreno de fuerzas y los significados resultan de relaciones de poder (Scott, 2001).

En este sentido, Scott entiende al discurso no como mero texto o conjunto de palabras, sino como una “estructura histórica, social e institucionalmente específica de enunciados, categorías

y creencias” (Scott, 1992, p. 90). De esta manera, los discursos representan “formas totales de pensamiento, de comprensión de cómo opera el mundo y de cuál es el lugar que uno tiene en él” (Scott, 1989, p. 128), y por lo tanto son formas de organizar los modos de vida, las instituciones y asimismo de naturalizar las desigualdades. Los discursos constituyen “terrenos de fuerzas” en los cuales los significados se elaboran a partir del poder y el conflicto. Como señala Valeda, mediante esta noción de discurso Scott pretende romper con la oposición entre concepto y práctica, palabras y cosas, lenguaje y realidad, y así escapar de toda acusación de idealismo lingüístico (Valeda, 2019, p. 24).

Como podemos notar, la autora no arriba en su artículo a una definición de experiencia, más bien su esfuerzo se dirige a marcar los límites de las formas que la historia social ha tratado el tema de la experiencia y de invocar algunas conceptualizaciones postestructuralistas que considera potentes para revisar el concepto y los problemas históricos que le interesan estudiar. A pesar que la autora no concluye con una definición propia, sí retoma un artículo de Teresa de Lauretis que le permite profundizar en la relación entre experiencia, significado y producción de la subjetividad.

Cuadro Resumen N°1. Experiencia en Joan Scott

Joan Scott

1. Experiencia como efecto: experiencia como un material al que hay que interrogar para conocer qué condiciones la hacen posible. Crítica a la experiencia como fundamento, como verdad incuestionada.

2. Primacía de la experiencia: Llamado a comenzar el análisis por la experiencia, sin suponer un sujeto al cual le ocurriría. Crítica a Williams y Thompson por no preguntarse por la construcción de sujetos a través de la experiencia

3. Experiencia como evento lingüístico: Su apuesta teórica. La experiencia es un evento lingüístico porque ocurre dentro del **discurso** a partir de la articulación de significados.



estructura social e
histórica de enunciados,
categorías y creencias
resultado de relaciones de
poder

Teresa de Lauretis: la experiencia como construcción de la subjetividad

(...) ¿En qué lugar de tu cuerpo
duerme
la
historia? (...)

Kimey Figueroa, FUGITIVA

Laura Arnés en una nota titulada “de Lauretis básico” publicada en el suplemento Soy del diario Página 12 en 2014 describe a Teresa de Lauretis como una teórica del pensamiento feminista contemporáneo, lesbiana, italiana (aunque viva en California) y políglota, también activista y docente. Laura Arnés recorre en esta nota de manera breve una obra que intervino en el campo de los estudios cinematográficos, semióticos, filosóficos, psicoanalíticos y literarios irrumpiendo en la reflexión crítica con categorías que produjeron sismos en los estudios de género (Arnés, 2014). Recomendamos a quienes tengan curiosidad por el pensamiento de la autora este artículo para abordar algunas de sus principales ideas.

Con respecto al tema de este capítulo, de Lauretis es una de las teóricas centrales al momento de revisar la relación entre experiencia y subjetividad en la medida que comenzó a transitar estos cuestionamientos a través de los lentes feministas en 1984 en su libro *Alicia ya no*. En particular, en el capítulo titulado “Semiótica y experiencia”. Este capítulo comienza con un fragmento del ensayo *Un cuarto propio* de Virginia Woolf. Escribe Virginia:

Instantáneamente apareció una figura masculina decidida a interceptarme. Al principio no entendí que las gesticulaciones de aquel objeto de aspecto curioso, vestido de frac y camisa de etiqueta, estaban dirigidas a mí. Su cara expresaba horror e indignación. El instinto, antes que la razón, acudió a socorrerme: él era un Bedel, yo era una mujer. Este era el césped; allá estaba el sendero. Solo los profesores y los Estudiantes tienen permitido estar aquí; la grava es el lugar que me corresponde. Estos pensamientos fueron obra del instante. (Woolf, 2013, p. 10)

El fragmento que selecciona Teresa es interesante en la medida que relata, de manera secuenciada, el proceso por el cual el yo ficticio de Virginia se ubica/es ubicada en el lugar de mujer. Antes de seguir, contextualicemos. En su libro *Un cuarto propio*, publicado en 1929, Virginia Woolf intenta responder a la pregunta por la relación entre las mujeres y la ficción. Más allá de las conclusiones a las cuales arriba el ensayo⁴⁶², el texto despliega el relato de una persona en una condición muy particular. Virginia puede escribir (de hecho el ensayo es fruto de un pedido de una institución educativa) porque tiene dinero y tiempo para hacerlo; sin embargo, algunos de

⁴⁶²Por ejemplo la necesidad de una base económica asegurada y de tiempo necesario como elementos centrales para que una persona pueda escribir “un cuarto propio”- y por lo tanto las dificultades para que las mujeres lo hicieran.

los espacios donde pretende estar durante su proceso de escritura están vedados para las mujeres. Esto la lleva a la situación particular que muestra el fragmento: como escritora se encuentra emocionada por la línea argumentativa que está desarrollando y comienza a caminar agitada-mente por el parque de la Universidad. Allí aparecen los gestos de un hombre que la “sacan de sus pensamientos” y le recuerdan que no puede caminar por allí y que su lugar no es con los Profesores y Estudiantes. Ella debe ubicarse en el sendero. Finalmente, la caminata continúa y termina en la puerta de la biblioteca de la Universidad, lugar donde tampoco puede ingresar si no está acompañada de un Profesor o con una carta de presentación.

Ahora bien, ¿por qué le interesa a Teresa de Lauretis este fragmento? ¿Qué tiene que ver con la experiencia y la subjetividad? Notemos, en primer lugar, la forma de las oraciones del fragmento:

(...) él era un Bedel (empleado subalterno en un centro de enseñanza);
yo era una mujer.
(yo) Estaba en el césped;
allí estaba el sendero.
Sólo se les permite el paso por ahí a Profesores y Estudiantes;
mi lugar estaba en el sendero.

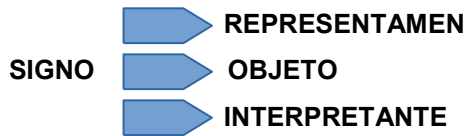
Las oraciones recuerda al formato de los enunciados lógicos: “él era un empleado” y “yo era una mujer” y “yo estaba en el césped” y “allí estaba el sendero” y “sólo se les permite el paso por ahí a profesores y estudiantes” *entonces* mi lugar estaba en el sendero. Por supuesto que la posibilidad de separar lógicamente en momentos sucesivos es engañosa. Por ejemplo engaña la formulación “yo era una mujer” enunciada con anterioridad a su ubicación en el sendero. Sin embargo, más allá de las dificultades de enunciar como oraciones sucesivas un pensamiento que fue “obra del instante” seguir este razonamiento nos permite ver de qué manera se produce un proceso de subjetivación (de “la mujer”) que emerge de ese *razonamiento sin razón* que Woolf atribuye al instinto y Teresa nombra en su texto como experiencia. La decisión de Teresa de nombrarlo como experiencia tiene que ver con evocar una autorepresentación que no remita a lo automático o a lo irreflexivo para nombrar ese peculiar proceso por el cual se crea la subjetividad, en este caso femenina, a partir de la interacción con un otro.

En este sentido, de Lauretis define a la experiencia como “el proceso por el cual se construye la subjetividad para todos los seres sociales”. A través de ese proceso “una se ubica o es ubicada en la realidad social y de ese modo percibe y comprende como subjetivas (referidas y originadas en una misma) esas relaciones que de hecho son sociales (y por supuesto históricas)” (de Lauretis, 1992, p.253). Es por esto que la experiencia no es un punto de partida o de llegada -aunque la escritura exige que el sujeto de la oración (“un yo mujer”) se defina antes de su ubicación en el sendero-. Así, la experiencia es el “espacio desde donde una interactuá con el mundo a la vez que es el efecto de esa interacción con el mundo” (de Lauretis, 1992, p.253).

En este punto es necesario introducir otro argumento: de Lauretis afirma que el proceso por el cual el yo interpreta un signo (en este caso el bedel y sus aspavientos que transmiten la prohibición patriarcal de circular por el césped) es un proceso semiótico. Ahora bien, ¿qué es la

semiosis?, ¿qué implicancias tiene asumir que la experiencia es un proceso semiótico? y ¿qué diferencias tiene con las afirmación de Scott de la experiencia como evento lingüístico?

En primer lugar, de Lauretis entiende la semiosis en los términos de Charles Peirce. Para él, la semiosis es el proceso por el cual una cultura atribuye significados a los signos. A de Lauretis le interesa ubicar en ese terreno la pregunta por el sujeto que está involucrado en ese proceso semiótico. Según Peirce el proceso de atribución de significados a los signos puede explicarse a través de la diferenciación de las tres partes de un signo:



- un *representamen* o algo que está por algo para alguien en algún aspecto o capacidad. Este representamen se dirige a alguien (es decir crea en la mente de esa persona un signo, quizás, más desarrollado)
- este signo creado en la mente es el *interpretante* del primer signo
- por último, el signo está por algo, por un *objeto* pero no en todos sus aspectos sino en referencia a un tipo de idea que (...) ha denominado el fundamento de la representación. (Peirce citado en de Lauretis, 1989, p.275)

Centrémonos en las características de esos intérpretes o efectos de significado. Según Peirce, el primer efecto del significado es un *sentimiento* producido; el segundo efecto es *energético* porque involucra un esfuerzo mental o corporal (un “esfuerzo sobre el mundo interior”) y el tercer efecto es un *hábito*. Peirce le llama “el nivel lógico” no en el sentido de necesario lógicamente, sino porque engloba y da sentido a la emoción y al esfuerzo intelectual y/o corporal que lo ha precedido. Este último es el efecto de significado en el que termina el proceso de la semiosis. Afirma Peirce: “La conclusión lógica, real y viva es ese hábito” (Peirce en de Lauretis, 1989, p.275). Y

“(…) un hábito designa una especialización tal (...) de la naturaleza de un hombre (...) de tal forma que se comporte o tenderá a comportarse siempre de una forma describable en términos generales en toda ocasión (en una parte considerable de las ocasiones) que pueda presentarse con un carácter describable en términos generales” (Peirce citado en de Lauretis, 1989, p.276).

Esta concepción es retomada por de Lauretis porque le sirve para pensar la construcción de una experiencia “de mujer” y, desde allí una subjetividad femenina. Aquí es importante destacar que la autora haciendo particular énfasis en que no todo juego de semiosis concluye en una acción, sino en un hábito, en una *disposición para*, en un cuerpo dispuesto, un conjunto de expectativas nunca del todo aseguradas pero siempre posibles para vincularnos con el mundo. En resumen, la experiencia como proceso semiótico involucra procesos de interpretación de signos que dan como resultado una cierta disposición ante el mundo.

Ahora bien, ¿qué implicancias tiene asumir que la experiencia es un proceso semiótico? y ¿qué diferencias tiene con las afirmación de Scott de la experiencia como evento lingüístico? La experiencia en Teresa de Lauretis refiere al proceso semiótico de construcción de la subjetividad como un devenir que involucra efectos emocionales, sentidos y hábitos. Es decir, para la autora los juegos de semiosis concluyen en cuerpos *habitados* por disposiciones y esos cuerpos habitados edifican subjetividades de género. Esta concepción permite volver a aquella premisa de Scott de la experiencia como evento lingüístico. Scott había ubicado al discurso como el terreno donde se produce la experiencia y, por lo tanto, señaló las prácticas de poder y las desigualdades involucradas en la construcción de nuestras experiencias. Podemos retener su intención y recuperar con De Lauretis y Pierce el proceso de constitución de la experiencia a través, sobre todo, de los efectos del proceso semiótico. En este sentido, dado que la interpretación de signos que involucra la experiencia incluye emociones, ideas, acciones, hábitos puede sortear de manera más evidente las principales críticas que la visión de Scott tuvo (la acusación de verbalismo, idealismo y la supuesta reducción de la experiencia al lenguaje). Además puede retomar la heterogeneidad de la experiencia que estaba presente en Williams y Thompson (por ejemplo a partir de la estructura del sentir o del llamado a reponer las tensiones en todas las dimensiones de la experiencia) sin caer en la esencialización de un sujeto.

Es necesario aclarar que Teresa continuará con estos desarrollos en otro de sus textos fundamentales titulado “La Tecnología del género” donde la pregunta vuelve a ser cómo nos constituimos como sujetos femeninos (y cómo podemos pensar al sujeto del feminismo). Dado que en este último texto abandona el concepto de experiencia para centrarse en la interpelación althusseriana y el concepto de tecnología en Foucault, no repondremos sus argumentos (de Lauretis, 1996). Sin embargo, a quien le interese profundizar en estas preguntas, puede revisar ese artículo.

Por último, los desarrollos de Teresa le abren la puerta a la última autora reseñada en este capítulo: Linda Alcoff. La pregunta de esta última tendrá que ver con los límites del significado en la experiencia y las consecuencias políticas de pensarla de esta forma.

Cuadro Resumen N°2. Experiencia en Teresa de Lauretis

Teresa de Lauretis	<p>1. La experiencia es un proceso semiótico: es un proceso de atribución de significados. Los efectos de la experiencia como proceso semiótico son:</p> <ul style="list-style-type: none"> A) Emociones B) Sentidos C) Hábitos <p>2. Experiencia como proceso de construcción de la subjetividad: a partir de la experiencia una es ubicada en la realidad social</p> <p>3. Experiencia no es estática: es el espacio desde el cual una interactúa constantemente con el mundo, a la vez que es el resultado de esa interacción.</p>
---------------------------	---

Linda Martín Alcoff: el exceso de la experiencia

(...) ¿En qué lugar de tu cuerpo
montarás
la
rabia?”

Kimey Figueroa, FUGITIVA

Linda Martín Alcoff nació en Panamá en 1955 aunque vivió gran parte de su vida en Estados Unidos. Es filósofa, especialista en temas de epistemología, feminismo, raza y existencialismo. Ha escrito numerosos libros y artículos partiendo de las experiencias de violencia sexual, buscando que el lenguaje filosófico y feminista haga lugar a las voces de les sobrevivientes (como ella misma se identifica). En este sentido, su preocupación constante es la manera en que las ciencias sociales y humanas piensan a la experiencia y las consecuencias políticas que tienen estos modos de pensarla.

En un artículo de 1988 titulado “Feminismo cultural vs. Post-estructuralismo: la crisis de identidad de la teoría feminista” la autora recorre los límites de esta oposición entre dos formas de pensar al sujeto y a los objetivos del feminismo. Para el feminismo culturalista (para ser justes, en la versión que construye Alcoff de la postura culturalista) el sujeto del feminismo son sin dudas las mujeres y los objetivos de la práctica feminista son la valorización de las esferas que han sido desestimadas por la apreciación viril del mundo como los trabajos de reproducción y cuidados, a la invisibilización de los ciclos menstruales, la menopausia, la conexión con la naturaleza, el mundo emocional, etc. Según la autora, por contraste a estos enfoques, el feminismo postestructuralista critica que el objetivo del feminismo sea la revalorización de las esferas “mujeriles” de lo social en la medida que deja intactas las distinciones entre lo femenino y lo masculino que están en el origen de la desigualdad entre los sexos. Y en consecuencia, la principal ocupación del postestructuralismo es la deconstrucción del sujeto femenino y la pregunta por las formas en que una persona llega a ser una mujer o un hombre. Sin embargo, para Alcoff, esta deconstrucción es una acción negativa, de desarme de un sujeto; esto no define un “a favor” para el postestructuralismo y corre el riesgo de vaciarse de contenido político y de olvidar a les sujetos realmente existentes.

El cuidado que la autora tiene con respecto a este nominalismo la lleva a desarrollar dos fuertes críticas a la postura de Joan Scott en particular y al postestructuralismo en general. Estas críticas se articulan en torno a dos ejes: la relación entre experiencia y lenguaje y entre conocimiento y experiencia.

Para empezar a recorrer el primer eje es necesario entender que en algunos de sus textos (como el artículo que trabajaremos a continuación), la autora refiere al significado y al discurso como reducidos a los marcos de sentido, las cosmovisiones disponibles, también a las palabras y a lo comunicable. Mientras que, en sus últimas obras, el significado tiene un carácter más abarcativo incluyendo dimensiones no verbales como las emociones, los valores, entre otros.

Teniendo en cuenta esta aclaración, revisemos el primer eje. La autora le dedica a la relación entre experiencia y lenguaje un artículo titulado “Merleau-Ponty y la teoría feminista sobre la experiencia”. Frente a la afirmación de Scott de la experiencia como evento lingüístico, Alcoff señala que es necesario referir a un núcleo inarticulado, irreductible al lenguaje en la experiencia. La autora se propone argumentar que, más allá de las posibilidades que tengamos de nombrar a la experiencia, ésta produce efectos en nosotros y tiene consecuencias cognoscitivas. En este sentido, según la autora, si reducimos la experiencia a un evento lingüístico en términos de lo verbalizable y lo comunicable entonces estamos negando los efectos que producen nuestras vivencias aunque no estén verbalizadas. Es por esto que tenemos que pensar a la experiencia y al discurso como *imperfectamente alineados* en la medida que el discurso es central en la construcción de la experiencia pero ésta puede excederlo (Alcoff, 1999). En palabras de la autora:

La experiencia a veces excede al lenguaje; es en ocasiones inarticulada. El feminismo no inventó al sexismo de la nada; proporcionó un lenguaje nuevo por medio del cual se puede describir y comprender viejas experiencias que luego modifican la experiencia presente y futura. Ciertamente, el discurso impregna y afecta a la experiencia, pero decir (...) que la experiencia es un hecho lingüístico, o que el discurso es la condición para la inteligibilidad de toda experiencia es borrar todos los conocimientos experimentales no susceptibles a la articulación lingüística (...). Un punto de vista mejor sería aquel que entendiese a la experiencia y al discurso como imperfectamente alineados, con zonas de dislocación. (Alcoff, 1999, p.127)

La autora despliega estos argumentos porque le interesa analizar los efectos de las violencias sexuales en la vida de les sobrevivientes, incluso aquellas violencias que aún no han sido nombradas o para las cuales puede que aún no existan categorías en nuestras cosmovisiones. Sin embargo, a pesar de estar inarticuladas o incluso negadas como violencia producen efectos emocionales, corporales, configuran hábitos, etc. y estos son los efectos que invisibilizamos cuando entendemos a la experiencia sólo como un evento lingüístico. La autora pretende con la alineación imperfecta entre discurso y experiencia señalar que hay efectos independientes de la capacidad de verbalizar y que incluso pueden ocurrir aunque tengan “en contra” los marcos de sentido disponibles. La pregunta que la autora dispara para ejemplificar esto es: antes de que los feminismos articulemos la idea de las violaciones dentro de parejas ¿no había violaciones ahí?

Aquí aparece una pregunta clave: ¿cómo entender el espacio inarticulado de la experiencia? Una posibilidad es entenderlo como un núcleo esencial, inmodificable que espera el encuentro con el significado perfecto para esa vivencia. Esa no es la salida de la autora, como lo vemos en su reciente libro *Rape and Resistance* (Alcoff, 2018), donde desarrolla una visión más amplia de lo que implica el significado. Allí entiende a la experiencia como el resultado de una articulación fallada en la medida que los elementos que tenemos disponibles *para significarla y vivirla* como tal (lo que sentimos, nuestras impresiones sobre lo sucedido) cambian a través del tiempo y por lo tanto el propio contenido de la experiencia se ve modificado. Esto no significa que caigamos

en un relativismo. El juego del significado tiene límites en la medida que los efectos de las desigualdades que genera el sexismo existen aunque no dispongamos de las palabras para nombrarlas. En este sentido, estos efectos anteriores a la verbalización son los que impiden que el contenido de la experiencia de vea totalmente modificado y caigamos en un relativismo con incómodas consecuencias políticas.

Volvamos ahora a la crítica de Alcoff a la experiencia como evento significativo. Si consideramos sus últimos trabajos, la crítica de Alcoff ya no es al carácter significativo de la experiencia sino a la primacía de las vivencias que pueden ser nombradas, olvidando otras dimensiones. Teniendo en cuenta esta cuestión, podemos reformular su propuesta entendiéndola como un llamado a recuperar la heterogeneidad de la experiencia y a relativizar el lugar de lo comunicable y verbalizable en ella. Es por esto que la crítica de la autora al exceso de la experiencia con respecto al significado sólo puede sostenerse si reducimos el significado a esta dimensión de lo verbal. Como vimos con Scott y de Lauretis el significado para las posturas postestructuralistas es una dimensión mucho más amplia que involucra niveles menos accesibles a la comunicación como las emociones, las prácticas y los hábitos.

Siguiendo esta línea, sería interesante recuperar esta crítica a través de sus reflexiones sobre la heterogeneidad de la experiencia. Podemos afirmar que este es el problema que subyace a sus dos concepciones del significado, primero trabajado en términos de lo inarticulado dentro de la experiencia y luego a través de su referencia a la *ambigüedad* de la experiencia. En este sentido, en *Rape and Resistance*, la autora afirma que el proceso de significar una violencia no es un camino lineal y siempre coherente. La experiencia puede contener en sí misma rasgos ambiguos que configuren significaciones en tensión o contradictorias entre sí, ya sea a nivel emocional o de marcos de sentido. Como afirma la autora:

A veces nuestra comprensión de los eventos cambia en el tiempo (...) algunas personas- nos piden que nombremos de modo decisivo al hecho (...) pero negar la posibilidad de la ambigüedad o la complejidad, o ubicarlas como productos de la negación, de la socialización femenina, los mecanismos patriarcales o una psicopatología, tiene la consecuencia de cerrar la exploración de la voz de las sobrevivientes: ese es nuestro proceso de dar sentido (Alcoff, 2018, p. 57, traducción propia, *resaltado en el original*)

De este modo emerge una nueva manera de pensar los relatos en primera persona sin el carácter de verdad incuestionable que criticaba Scott y sin el relativismo que preocupa a Alcoff. Así, la experiencia ocurre en el terreno significativo, entendiendo por significado los resultados del proceso semiótico y, en particular, prestando atención a las emociones, los sentidos y los hábitos que nos habitan como efectos de proceso. En esta línea, la pregunta de Alcoff por la heterogeneidad resalta que el proceso de significar y de construir experiencias no es un proceso lineal o coherente; más bien es ambiguo, puede involucrar elementos opuestos entre sí, y con posibilidad de ser modificados en el tiempo.

Finalmente, de esta manera de concebir la experiencia como heterogénea y ambigua se desprende un particular forma de pensar su relación con el conocimiento. Alcoff sostiene que la propuesta de Scott de centrarse en las condiciones de producción de la experiencia invisibiliza el carácter productor de la misma. Además, Scott le reconoce a la experiencia un aporte al conocimiento siempre y cuando esté articulada a través del lenguaje mientras que para Alcoff la producción de conocimiento ocurre más allá de la articulación. En este sentido, la complejidad o la ambigüedad que señalaba antes no impide que la experiencia tenga efectos subjetivos y construyamos conocimiento a partir de esa ambigüedad y es por esto que para la autora el relato en primera persona (ya sea un yo o un nosotros) tiene mucho valor porque allí podemos encontrar la ambigüedad y que parecen olvidadas en de Lauretis y Scott.

Cuadro Resumen N°3 Experiencia en Alcoff



Interrogar a la experiencia desde una investigación empírica

Este libro se propone pensar ciertos cuestionamientos teóricos situándolos en un análisis particular. Con respecto a este capítulo, situar la pregunta nos llevó a cuestionar cómo trabajar con la experiencia, cómo desarmarla y volverla, al menos parcialmente, una dimensión analizable de la realidad social. El fragmento siguiente, recuperado de la tesina “Construyendo experiencias:

sentidos y emociones en una organización de mujeres” pretende ser una manera de abordar a la experiencia teniendo en cuenta las complejidades que el concepto abraza.

La tesina elegida se propone analizar una experiencia militante actual sostenida en su totalidad por mujeres. En particular apunta a pensar las maneras en que el proceso de organización política que llevan adelante impacta re-elaborando y construyendo *experiencias*. En ese sentido, sostiene que indagar la experiencia implica, por un lado, analizar los *sentidos* movilizados a través de procesos de enmarcación y las *economías afectivas* que construyen dichas experiencias en las mujeres movilizadas. Estas preguntas fueron formuladas a partir del *trabajo etnográfico* en la organización de mujeres ubicada en Berisso, un espacio de militancia de un colectivo compuesto por trabajadoras quinteras, mujeres de clase media, mujeres migrantes, madres, estudiantes, profesionales, entre otras.

Seleccionar un fragmento e intentar que ese recorte representa el gesto de recuperar una experiencia militante es una tarea difícil e ingrata. Invitamos a quienes llegaron hasta aquí a leer completos los trabajos de investigación que se proponen mirar problemas sociales a través del prisma de la experiencia. Una enumeración de estos trabajos, siempre injusta y parcial, se con-signa al final del capítulo.

Fragmento

¿De qué modo la participación política en una organización de mujeres impacta en las experiencias de las participantes, en los modos en que piensan y sienten y por lo tanto construyen sus experiencias individuales? ¿Qué lugar tienen los talleres de visibilización de problemáticas de género en ese proceso?

Este interrogante me traslada al debate sobre los marcos de sentido en disputa y las emociones que constituyen experiencias y reconfiguran vivencias de modo colectivo al interior de una organización en la medida que la participación en la organización configura y provee marcos de sentido (siempre disputados) y emociones que pueden (re)construir las historias personales; aunque el proceso no sea lineal o acumulativo.

Con respecto a los marcos de sentido, en autores clásicos del estudio de los movimientos sociales, los procesos colectivos de interpretación, atribución y construcción social del mundo son pensados en términos de *procesos enmarcadores*. En el mapa de autores canónicos encuentro tanto definiciones amplias del término (como la *dimensión cultural* del movimiento) y usos más específicos como el que hace Snow al entenderla como “*los esfuerzos estratégicos conscientes que, realizados por grupos de personas en orden a forjar formas compartidas de considerar el mundo y a sí mismas, legitimen y muevan la acción colectiva*” (McAdam, McCarthy y Zald, 1996, pp. 27). A partir de esta definición, es necesario señalar que la referencia a grupos de personas que actualizan/crean significaciones no implica necesariamente atribuir el proceso a individuos; más bien se trata de señalar un eje de explicación de la génesis y el sostenimiento de acciones colectivas: la dimensión valorativa del mundo que requiere estructuras de

organización para surgir y personas que movilicen esos valores efectivamente. Más allá de la pertinencia de atribuir las significaciones disponibles a un grupo específico de personas, según McAdam, McCarthy y Zald (1996) emplear la categoría *procesos enmarcadores* tiene su utilidad al menos por iluminar cinco tópicos: el bagaje cultural disponible para configurar marcos, las estrategias enmarcadoras desplegadas, el papel de la lucha en la actualización de algunos marcos de sentido frente a otros, el papel de los medios masivos de comunicación en la formación de marcos de sentido y las consecuencias culturales que tiene la situación de disputa por el enmarcado.

Teniendo en cuenta la importancia de la dimensión valorativa en la construcción de experiencias, retomo esta definición estricta para señalar que la disposición de un conjunto de marcos de significación necesita de interpelaciones subjetivas para actualizarse. Es decir, el bagaje cultural a disposición necesita de estrategias de interpelación. Para elaborar de qué manera la organización funciona como espacio para interpelar, resignificar y, por lo tanto, construir experiencias decidí centrarme en una escena que atravesó mi trabajo de campo: las asambleas de mujeres.

Cuadro resumen Nro. 4: Una forma de trabajar con el concepto de experiencia en un análisis de caso

DEFINICIONES DE EXPERIENCIA

- Joann Scott
- Teresa de Lauretis
- Linda Alcoff



DIMENSIONES DEL CONCEPTO

1. SENTIDOS



Marcos de sentido disponibles

McAdam, McCarthy y Zald

2. EMOCIONES



Economías afectivas

Ahmed

En relación a esta escena, me gustaría hacer foco en que esa instancia puede pensarse como taller participativo, como asamblea y como una actualización de una forma de hacer política propia de los feminismos de la segunda ola. Por un lado, el dispositivo de taller me refirió a las prácticas de educación popular, pensadas para habilitar todos los conocimientos de las participantes en relación a un tema sin jerarquizarlos de antemano. Por otro lado, la asamblea nos habilitaba a todas las participantes a tomar la palabra. Atendiendo primero a las ruedas de presentación y debate enmarcadas en talleres sobre violencias hacia las mujeres, es necesario decir que todas las mujeres que tomaron la palabra se reconocieron en relación a alguna violencia contra las mujeres, con *ese problema*, teniendo *esa historia*.

Este último punto es el que se revela similar a los círculos de autoconciencia propios de las militancias feministas. A partir de una pregunta que remite a las vivencias personales en relación

a un tema que se considera privado (sexualidad, parejas, maternidades, entre otros) se construye una imagen que trasciende las particularidades y muestra la injerencia del sistema patriarcal en aquellos comportamientos que consideramos más íntimos y personales.

Ahora bien, esta instancia de construcción colectiva de sentidos y reelaboración de historias por parte de algunas de las participantes no puede pensarse como “dada”. Scott (2001) señala esto como uno de los posibles peligros de simplificar la consigna *lo personal es político*; si no es deconstruida la experiencia, la consigna podría reducirse a que el conocimiento personal de la opresión es el origen de la resistencia, como si la mera referencia a la historia personal fuese suficiente en sí misma para reconocer las violencias y posicionarse en contra de ellas. Propongo pensar esa deconstrucción desde las economías afectivas presentes en el campo y los sentidos que habilitan.

Introduciendo la economía afectiva en el análisis, Sara Ahmed (2015) señala cómo funcionan las emociones moldeando cuerpos individuales o colectivos. La autora sostiene que en el sentido común las emociones se han psicologizado cuando en realidad son prácticas culturales y sociales que crean el efecto mismo de las superficies y los límites de los cuerpos. En este sentido, construir una economía afectiva, habilitar ciertas emociones en las rondas/talleres/asambleas es una pieza fundamental de la construcción de experiencias personales. Aquí no se trata de dar una definición de cada emoción sino de visualizar qué es lo que producen esas emociones. En relación a la vergüenza, en las puestas en común las mujeres tendían a agachar la cabeza, ruborizarse, evitar hablar o buscar una vocera para que lo haga. Según la autora, esta vergüenza es sentida porque se ha fallado en acercarse a un ideal. La pregunta es ¿cuál es el ideal del cual se alejan al tomar la palabra? Una primera respuesta es que se alejan del estereotipo de mujeres calladas y devotas⁴⁶³ que aquí es también un estereotipo étnico y clasista. En este caso, el estereotipo de mujer, de mujer migrante, con derechos vulnerados y vulnerables (en el acceso a la salud, a la educación, a la justicia, al trabajo digno) y además trabajadora informal. Ahora bien, esa vergüenza es muchas veces trabajada colectivamente. Es un rasgo que Mónica critica durante la puesta en común del taller sobre las características de las promotoras contra la violencia de género. *Noté que en el grupo de Valentina nadie se acercaba a contar la lámina. Mónica dijo que si no se acercaban iban a depender siempre de ellas (lo dijo señalando a Valentina) Lentamente algunas se acercaron.* Es decir que si bien el mandato las ubica en el lugar de mujeres madres, trabajadoras, abnegadas y silenciosas, la casa las invita a tomar la palabra, a intervenir, a disentir con lo que otras compañeras plantean.

Un elemento asociado a la emotividad que me desconcertó desde el inicio de mi trabajo de campo fue la risa. Elijo no nombrarla en relación a una emoción particular porque podría vincularse tanto con la alegría como con el nerviosismo, la incomodidad o la condescendencia. Más allá de esta complejidad, me gustaría destacar que muchas veces las referencias de situaciones violentas eran acompañadas de risas y chistes. Cada sábado se escuchaban frases como “No

⁴⁶³ Estereotipo movilizado particularmente por la policía provincial, quien se niega a tomar sus denuncias por violencias hacia las mujeres y las “*manda de vuelta a sus casas*”.

me apures (en el trabajo) o te dejo y me voy a la casa” “¡Que se mate, me voy más rápido! (hablando de las amenazas de suicidio por parte de los violentos), o risas ante la respuesta de una compañera: *Tallerista -¿Cuál es el problema central del barrio en relación a la violencia hacia las mujeres? Responde alguien – ¡Los hombres! (Risas)*

Sara Ahmed (2017) señala en su libro *Living a Feminist Life* que cuando lidiamos con historias pesadas, alivianar se convierte en una actividad compartida y la risa suele acompañar estos eventos porque revela y construye un alivio en el momento que captamos con palabras una lógica reproducida que no las tiene. Es interesante notar que los chistes señalados en el párrafo anterior refieren a varones, en particular a compañeros que ejercieron violencias. Señalarlos como “el problema” y reírse ante posibles respuestas a lo que ellos dicen o dirían es una manera de introducir una escena de resistencia imaginada y ahora posible.

Mónica cuenta que a esa chica el marido la molestaba para que volviera pronto después de la marcha. Y que la chica sabía que iba a tener problemas después porque el marido iba a ver que un grupo había vuelto de la manifestación antes, pero ella se quería quedar. Mónica le dijo que cuando el marido le empezara a preguntar dónde había estado y que empezara con *eso de los novios*, ella le dijera que *sí! que tenía un macho y le diera su radio* (el número de Mónica). *Y dicho y hecho cuando, llegó a la casa y el marido preguntó ella le dijo que llamara ahí que se lo iban a explicar y lo atendí y le dije que yo era el macho, que había estado conmigo luchando.*

Una escena de desconfianza y celos termina en una llamada a una referente del Comedor. Aquello que es privado, íntimo y que parece intransferible antes de ser simbolizado (como las explicaciones a una pareja celosa) se pone en palabras y se trabaja colectivamente; no sólo porque se incluye a una compañera sino porque ahora es una historia graciosa contada en asamblea. En este sentido, es importante destacar que no se rieron de cualquier chiste. Fue el del varón celoso que esperaba encontrarse con otro varón con quien confrontar por su pareja-propiedad. Aquí el chiste y la risa podrían entenderse operando a través de un juego de poder-legitimación donde Mónica se *disfraya* de *macho*, pero al mismo tiempo, al operar como farsa, ridiculiza el deseo celoso y deja a ese varón sin las posibilidades de afianzar su masculinidad hegemónica por esos medios. En este sentido, la risa desacredita y expone la trama arbitraria de este comportamiento viril⁴⁶⁴.

Ahora bien, la circulación de sentidos y emociones deben trascender la recopilación de historias personales para invitarnos a reflexionar sobre las heridas⁴⁶⁵ que nos constituyen. No basta

⁴⁶⁴ El lugar de la farsa y la risa como elementos que muestran la pérdida del miedo (en escenas específicas) fue trabajada por Marina Farinetti (2019) para el caso de una protesta social que ella significa, entre otros elementos, por su afiliación con el carnaval, en referencia a la alegría popular.

⁴⁶⁵ Ver Ahmed (2015) pp. 66, 101, 302.

con nombrar la herida, no alcanza con las rondas colectivas donde cada una nota en su historia personal la historia de muchas otras, porque incluso el relato puede llegar a reificar la herida y a fetichizarla (Ahmed, 2015). El trabajo, en esta organización, sobre esa experiencia narrada se da a través de espacios de confianza desde donde reconstruir la experiencia sin aceptarla como dada e inevitable.

En el momento de compartir las experiencias con otras mujeres, se van transformando las visiones que tienen de sí mismas y de sus compañeras; dándose una reflexión que les permite ver/saber algo que antes no sabían. Eso que pasó, ahora tiene un nombre y se transforma en un derecho vulnerado. No se trata de descubrir algo que ya estaba en la memoria y fue develado sino de un proceso de reconstrucción del pasado y de (re)posicionamiento personal con respecto a esto. En este sentido, los chistes y las risas pueden servir como herramienta para enlazar otras emociones a escenas dolorosas y así, transitarlas de otra manera.

Se estaba hablando de la periodicidad de las reuniones, si era posible todos los sábados, quienes podían y quiénes no. “Si no me complica en mi casa” “Ya venimos lunes miércoles y viernes, venir los sábados es mucho” “Hoy mi nene jugaba y yo quiero ir” “Es el día que mi marido se va y yo me quedo en mi casa haciendo cosas” Valentina dice que hacer algo puede no ser venir los sábados sino estar atenta. Y es algo que ya se hace, si alguna mujer dice “me voy porque mi marido me está esperando” alguna siempre le pregunta “por qué lo haces” “por qué no te quedas, “por qué no le decís”. A partir de acá hablan como si le estuvieran hablando a esa mujer a la que el marido está esperando “No estamos haciendo nada malo. Sino siempre estás pidiendo perdón”. Mónica dice que los hombres temen, que saben que ahora pueden venir a quejarse. Y no son sólo palabras” Alguien acota: “La casa embrujada” “No es sólo una palabra ahora los demandamos”.

La casa *embrujada*, donde se comparten sus historias, se nombran violencias y se las tejen con distintos sentidos y prácticas. Es por medio del volver a pensar su historia que comienzan a hablar de un nosotras, de las organizaciones de mujeres, del pasaje de vecina a compañera.

Reflexiones finales

El objetivo del siguiente capítulo fue hacer un recorrido por algunos de los aportes realizados desde los feminismos al concepto de *experiencia*. La clave de lectura propuesta tuvo que ver con señalar el lugar que algunas autoras le otorgan a la dimensión significativa en sus definiciones de experiencia. En particular, a través de reponer dos líneas de análisis: por un lado, quienes consideran a la experiencia un *evento significativo* y, por otro lado, quienes afirman el exceso de la experiencia con respecto al significado y, en consecuencia, la importancia de atender otros niveles de análisis.

A modo de conclusión podemos afirmar que ninguna de las autoras reseñadas niega la importancia de los procesos de significación en la construcción de la experiencia, ni siquiera Alcoff que señala la alineación imperfecta entre experiencia y discurso. Esta conclusión puede sostenerse recordando que el significado es mucho más que una verbalización, es un uso, una práctica y una generación de hábitos. Esta es la gran utilidad de reponer la experiencia asociada al proceso semiótico, como propuso Teresa de Lauretis incluyendo las dimensiones afectivas y valorativas en ese proceso.

Sin embargo, la crítica de Alcoff puede recuperarse en otros términos: podemos pensar la alineación imperfecta entre discurso y experiencia como un recordatorio del carácter no coherente de la experiencia, ambiguo y heterogéneo.

En este sentido, uno de los nudos fundamentales que todas las autoras reseñadas trabajan es el carácter fluido, histórico y potencialmente heterogéneo de la experiencia. La experiencia no es un conjunto de hechos sucedidos, estáticos sino un espacio de interacción, estabilizado a través de relaciones de poder, pero fluido y factible de ser modificado a través de la apropiación de otros marcos de sentido o de nuevas economías afectivas (por ejemplo a través de la organización colectiva como propone el estudio de caso).

Con respecto al estudio de caso que tomamos en este capítulo, nos gustaría recordar que es *una* de las formas posible de *trabajar con la experiencia*, donde se propuso una transformación desde la categoría a algunas dimensiones claves que podían desprenderse de las propuestas teóricas (sentidos y emociones) y, finalmente, a algunas observables (marcos de sentido y economía afectiva), recordando que lo observable es siempre el resultado de la mirada particular del grupo de investigación y, en particular, de la interacción de le investigadore con el campo.

Finalmente, nos interesa destacar que estas autoras proponen una profunda relación entre experiencia y subjetividad en la medida que, más allá de la definición específica que usen, la piensan como el espacio desde el cual se interactúa con el mundo y desde donde construyen las propias identificaciones. En este sentido, partir de la experiencia implica dejar de lado en nuestras investigaciones las suposiciones de sujetos coherentes, identidades estáticas ya sean individuales o colectivas y empezar por la complejidad y la riqueza de la experiencia.

Referencias

- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género: Ciudad de México.
- Ahmed, S. (2017). *Living a feminist life*. Duke University Press: Durham.
- Alcoff, L. M. (1999). Merleau-Ponty y la teoría feminista sobre la experiencia. *Revista Mora*, (5), p. 122-138.
- Alcoff, L. (2002). Feminismo cultural vs. Post-estructuralismo: la crisis de identidad de la teoría feminista. *Revista Debats*, 76, p. 1-26.
- Alcoff, L. M. (2018). *Rape and resistance*. John Wiley & Sons.

- Alma, A., & Lorenzo, P. (2009). *Mujeres que se encuentran: una recuperación histórica de los Encuentros Nacionales de Mujeres en Argentina, 1986-2005*. Feminaria Editora: La Plata.
- Arango, L. G. (2005). ¿Tiene sexo la sociología?. Consideraciones en torno a la categoría género. *Sociedad y economía*, (8), 1-24.
- Arnés, L. (2014, 25 de Abril) De Lauretis básico. *Página 12*. Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-3406-2014-04-25.html>
- Bach, A. M (2010). *Las voces de la experiencia. El viraje de la filosofía feminista*. Buenos Aires: Biblos.
- De Beauvoir, S. (2018) *El segundo sexo*. Buenos Aires: DeBolsillo
- De Lauretis, T. (1992). *Alicia ya no: feminismo, semiótica, cine* (Vol. 9). Universitat de València.
- De Lauretis, T. (1996). *La tecnología del género*. En *Revista Mora*, 2, 6-34.
- Delany, S. R. (2014). *The motion of light in water: Sex and science fiction writing in the East Village*. Open Road Media.
- Elizalde, S. (2008). Debates sobre la experiencia. En *Oficios Terrestres* N° 23 (18-30)
- Esquivel, J. (2019) *Construyendo experiencias: sentidos y emociones en una organización de mujeres (2017-2018)* (Tesis de grado).
- Farinetti, M. (2019). Violencia y risa contra la política en el Santiagueñazo. Indagación sobre el significado de una rebelión popular. *Apuntes de Investigación del CECYP* 0(6): 77-126.
- Figueroa, K. (2018) *Fugitiva*. Pixel: La Plata
- López, D. (2012). La prueba de la experiencia. Reflexiones en torno al uso del concepto de experiencia en la historiografía reciente. *Prismas-Revista de Historia Intelectual*, 16(1), 33-52.
- McAdam, D., McCarthy, J. D., Zald, M. N., & Mayer, N. Z. (Eds.). (1996). *Comparative perspectives on social movements: Political opportunities, mobilizing structures, and cultural framings*. Cambridge University Press.
- Millet, K. (1995). Política sexual. *Cátedra, Universidad de Valencia Argentina: Siglo XXI*.
- Rivera, A. (2016) Joan Scott: una historiadora feminista. En *CeroSetenta*. Recuperado de <https://cerosetenta.uniandes.edu.co/joan-scott-una-historiadora-feminista/>
- Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo. *Nueva antropología*, 8(30), 95-145.
- Scott, J. W. (1989). *Una respuesta a las críticas*. *Historia social*, núm. 4 (primavera/verano), pp. 127-135. *Feminista*, Año 3, Vol. 5, marzo 1992.
- Scott, J. W. (1991). Experiencia. *Revista de Estudios de Género, La Ventana E-ISSN: 2448-7724*, 2(13), 44-74.
- Scott, J. (1992). *Igualdad versus diferencia: los usos de la teoría postestructuralista*. *Debate*
- Sewell, H. W.; Ferradis Garrayo, M. (1994) *Cómo se forman las clases: reflexiones críticas en torno a la teoría de E. P. Thompson sobre la formación de la clase obrera*. *Historia Social*. 18 pp. 78-100.
- Thompson, E. P. (1989) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Crítica: Barcelona.
- Veleda, J. I. (2019). Joan Scott: aportes para una perspectiva feminista sobre la historia (Tesis para optar al grado de Especialista en Educación en Géneros y Sexualidades). *Disponible en* <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1773/te.1773.pdf>

- Williams, R. (1997) *Marxismo y literatura*. Península: Barcelona.
- Williams, R. (2008). *Palabras clave: Un vocabulario de la cultura y la sociedad* (ed. rev. y ampliada.). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Woolf, V. (2013). *Un cuarto propio*. El cuenco de plata: Buenos Aires.

Bibliografía recomendada

- Alcoff, L. M. (1999). Merleau-Ponty y la teoría feminista sobre la experiencia. *Revista Mora*, (5), p. 122-138
- Alcoff, L. M. (2018). *Rape and resistance*. New Jersey: John Wiley & Sons.
- De Lauretis, T. (1992). Semiótica y experiencia. En *Alicia ya no: feminismo, semiótica, cine*. (pp. 251-294). Madrid: Ediciones de cátedra Universitat de València.
- Scott, J. W. (1991). Experiencia. *Revista de Estudios de Género, La Ventana E-ISSN: 2448-7724*, 2(13), 44-74.
- Thompson, E. P (1989). Prefacio. En *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. (pp. 27-32) Barcelona: Crítica.
- Williams, R. (2008). *Palabras clave: Un vocabulario de la cultura y la sociedad* (ed. rev. y ampliada.). Buenos Aires: Nueva Visión.

* El libro *Rape and Resistance* no tiene aún traducción al español. Una anticipación de sus principales argumentos puede encontrarse en la conferencia “Sexual Violations and the Question of Experience” subtitulada al español y citada en los recursos audiovisuales.

Bibliografía complementaria

- Bach, A. M (2010). *Las voces de la experiencia. El viraje de la filosofía feminista*. Buenos Aires: Biblos.
- Elizalde, S. (2008). Debates sobre la experiencia. *Oficios Terrestres*, (23), 18-30
- Iglesario, F. M., & López, D. (2013). Reflexiones en torno a algunos implícitos de la práctica historiográfica de EP Thompson. *Rey Desnudo*, (3), 222-232.
- López, D. (2012). La prueba de la experiencia. Reflexiones en torno al uso del concepto de experiencia en la historiografía reciente. *Prismas-Revista de Historia Intelectual*, 16(1), 33-52.
- Veleda, J. I. (2019). Joan Scott: aportes para una perspectiva feminista sobre la historia (Tesis para optar al grado de Especialista en Educación en Géneros y Sexualidades). Disponible en <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1773/te.1773.pdf>

Otras investigaciones que hagan uso de la categoría

- Barrios, R. (2014). “Cuando termine de contar, ¿me voy a seguir acordando de lo que pasó?” Análisis de la experiencia narrativa del abuso sexual infantil en clave comunicacional. *Question*, 1(43), 224-234. Recuperado a partir de <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/2175>
- Botello Longui, L. (2005) *Identidad, masculinidad y violencia de género* (Tesis de Doctorado). Disponible en <https://eprints.ucm.es/7184/1/T28455.pdf>
- Cortés, X.; Díaz, N.; Flores, V.; Monsalves, S. (2016). *La experiencia corporizada en los procesos de enseñanza-aprendizaje de metodologías de Investigación Acción Participativa*. V Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales, 16 al 18 de noviembre de 2016, Mendoza, Argentina. Métodos, metodologías y nuevas epistemologías en las ciencias sociales: desafíos para el conocimiento profundo de Nuestra América. EN: Actas (2016). Enseñada: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Centro Interdisciplinario de Metodología de las Ciencias Sociales. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.8405/ev.8405.pdf
- Jelin, E. (2001) Historia, memoria social y testimonio o la legitimidad de la palabra. *Iberoamericana*. 1(1), 87-97.
- Kramer, G.; Satta, P. tr. (2015) Mujeres traumatizadas trabajando con mujeres traumatizadas: Reflexiones sobre la vida y el trabajo en una zona de guerra. *Aletheia*, 5 (10). Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6701/pr.6701.pdf
- Santarelli, N.; Anzorena, C. (2017). Los socorrismos y las disputas de sentidos sobre el aborto voluntario. Consideraciones teóricas desde una perspectiva del feminismo crítico. *Descentrada*, 1 (1), e008. Recuperado de <http://www.descentrada.fahce.unlp.edu.ar/article/view/DESe008>
- Schenone Sierra, D. J. *Maternidades en construcción: una reflexión a partir del concepto de experiencia*. (Tesis de Maestría inédita). Disponible en <https://www.repositorionacionalcti.mx/autor/DELFINA+JULIETA+SCHENONE+SIENRA>

Sitios web de materiales

- Universidad de Berkeley [UC Berkeley Events]. (9 mar. 2009). Conversations with History - Joan Wallach Scott. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=MrknwNI818Y> (Entrevista a Joan Scott por Harry Kreisler. Disponible en inglés con subtítulos en español)
- Central Washington University [CentralWashingtonUniversity]. (8 dic. 2014) “Sexual Violations and the Question of Experience”. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=7aEO-HLOoEE> (Ponencia de Linda Martín Alcoff que resume los principales argumentos de su libro *Rape and Resistance*. Disponible en inglés con subtítulos en español).
- Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini [culturalcoop]. (7 may. 2014). Conferencia de Teresa de Lauretis. Género y teoría queer. Disponible en

https://www.youtube.com/watch?v=SY_5x0BdlFk (Conferencia realizada en Abril de 2014 organizada por Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (FFyL, UBA); Carrera de Sociología (FSoc, UBA) y Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini) Código Rojo [CodigoRojo1917]. (4 jun. 2018). She's Beautiful When She's Angry [SUB ESP]. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=Zq3wYppj804>

Guía de actividades en base a textos de referencia

A partir de la lectura del artículo titulado “Experiencia” de Scott responda:

- 1) ¿Cuáles son las críticas que la autora realiza a la metáfora de lo visible/transparente para pensar la experiencia? ¿Cómo podemos vincular esas críticas con el siguiente fragmento?

“Documentar la experiencia de otros de esta manera -bajo la metáfora de lo visible - ha sido una estrategia al mismo tiempo muy exitosa y limitante para los historiadores de la diferencia. Ha sido exitosa porque se mantiene muy cómodamente dentro del marco de referencia disciplinario de la historia, funcionando de acuerdo con reglas que permiten cuestionar narrativas antiguas cuando se descubre nueva evidencia. (...) Cuando la evidencia ofrecida es la evidencia de la “experiencia”, su reclamo de referencialidad se ve aún más fortalecido, pues ¿qué podría ser más verdadero, después de todo, que el relato propio de un sujeto de lo que él o ella han vivido? Es precisamente este tipo de apelación a la experiencia como evidencia incontrovertible y como punto originario de la explicación, como los fundamentos en los que se basa el análisis, el que le quita fuerza al impulso crítico de la historia de la diferencia” (Scott, 2001, p. 47)

A partir de la lectura del capítulo “Semiótica y experiencia” de Teresa de Lauretis responda:

- 2) ¿Cómo podríamos vincular la definición de experiencia que desarrolla la autora con el siguiente fragmento del *Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir?:

“No se nace mujer: se llega a serlo. Ningún destino biológico, psíquico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; es el conjunto de la civilización el que elabora ese producto intermedio entre el macho y el castrado al que se califica de femenino.” (de Beauvoir, 2018, p.207)

- 3) Explique cuáles son las principales dimensiones del concepto de experiencia en Teresa de Lauretis. ¿Qué relación tienen con el siguiente fragmento?:

“¿Es el sujeto femenino un sujeto que se constituye en un tipo particular de relación con la realidad social? (...) Y si respondemos que sí, que una cierta experiencia de la sexualidad produce un ser social al que podemos llamar sujeto femenino; si es esa experiencia, ese complejo de hábitos, disposiciones, asociaciones, percepciones, lo que engendra a uno como femenino, entonces eso es lo que se debe analizar, comprender, articular, en la teoría feminista. El objetivo de la vuelta a Pierce (...) era devolverle el cuerpo al intérprete, al sujeto de la semiosis. Ese sujeto, he defendido que es el lugar del cuerpo, en el que tiene lugar y se realiza el efecto del significado de los signos (...) El concepto de hábito como actitud “enérgica”, como disposición somática a la vez abstracta y concreta (...) sugiere poderosamente a un sujeto físicamente implicado o corporalmente comprometido en la producción de significado, en la representación y en la autorepresentación” (de Lauretis, 1992, .p.289.

A partir de la lectura del texto “Merleau-Ponty y la teoría feminista sobre la experiencia” de Alcoff responda:

- 4) Según la autora ¿cuál es el problema que el *giro feminista hacia el postestructuralismo* deja sin resolver? ¿Por qué?
- 5) Revise los fragmentos citados de Foucault al final del artículo y relaciónelos con su crítica a la idea de experiencia como evento lingüístico.